

Enrique Bunster

Historias para una tertulia de personas escépticas

Dos mujeres en una



L soñador me enseñó dos pequeños retratos y me dijo:

—Obsérvelos con detenimiento, porque encierran una incógnita y quiero ver si puede usted resolverla.

Miré el primer retrato, que representaba el rostro de una joven de no más de veinte años.

Era una cara bonita y delicada, cuya pálida tez hacía más notable la negrura de los ojos y de los cabellos; una cara que expresaba la prudencia y la bondad, y cuya mirada, tan suave, tan discreta, parecía no fijarse en nada terreno.

Miré en seguida el segundo retrato, que mostraba el rostro de una señora todavía joven.

Eran sus facciones más anchas y llenas, y su tez encendida e imperfecta; el negro de los ojos y de la cabellera, quizá por esto, pasaba casi desapercibido; y la mirada y el gesto todo, aparte de no revelar delica-

deza y sí un cierto cansancio y un muy variable humor, no agradaban, le dejaban a uno indiferente.

—¿En qué consiste la incógnita?—pregunté cuando hube acabado mi examen.

—Los dos retratos—dijo el soñador—pertenecen a una misma persona, y fueron hechos con seis años de intervalo, esto es, entre los veinte y los veintiséis. Conocí a la dama en la época del primero y, tras haberla mirado unos instantes y haberla dicho unas pocas palabras, hallé en ella cualidades angelicales y me prendé como un loco. Nos separamos, y seis años más tarde nos hemos vuelto a encontrar. Pues bien: esta vez no la he mirado ni nos hemos dicho más que la otra, y, sin embargo, nada angelical vi en ella, y la dejé ir con indiferencia. . . ¿Se lo explica usted?

—Perfectamente. La dama que hace seis años le volvió loco y ahora le deja frío, no ha hecho, de entonces acá, sino vivir, y si su alma, poco o nada ha cambiado, su cuerpo ha perdido su gracia. En el primer encuentro, usted ve en ella cualidades angelicales; en el segundo, ya no las ve. Y es porque el hombre, siempre seducido, idealiza y traduce en excelencias espirituales las meras excelencias materiales de la mujer.

El soñador inclinó la cabeza.

Tristes y alegres

El hombre flaco iba horriblemente triste porque su dama le había dado su negativa.

—No podré vivir—pensaba.

El hombre gordo iba alegre y feliz porque la suya acababa de acceder.

—Conquistaré el mundo—se decía.

Y como iban en sentido contrario, no tardaron el flaco y el gordo en encontrarse.

El flaco refirió al gordo la historia de su desdicha.

A su turno, el gordo contó al flaco la novela de su conquista.

Y se separaron.

El flaco, recordando la ventura del gordo, pensó que él podía también tener éxito un día mejor; y se puso feliz.

El gordo, evocando el fracaso del flaco, pensó que él podía, cuando menos, tener también un traspies; y se volvió un pozo de amargura.

Más tarde se encontraron de nuevo el flaco y el gordo.

El flaco, que estaba ahora como unas Pascuas, dijo:

—Soy invencible.

El gordo, que se parecía a un Viernes Santo, declaró:

—La vida es una penitencia.

Y se fueron.

No tardó el flaco en preguntarse:

—¿En qué consiste, Señor, la tristeza?

Y el gordo en cavilar:

—¿Qué es, Gran Dios, esto de la alegría?

La música

Me hallaba con mi bella amiga en el café nocturno.

La orquesta tocaba una melodía profundamente triste, evocadora de algo vago y lejano.

—La vida, a veces, se me figura un drama o un castigo—suspiró mi compañera.

Más tarde oímos una marcha extraña y enérgica, plena de triunfales resonancias.

—¿No piensas tú en grandes cosas, en viajes, en aventuras. . . en algo sonado? — me preguntó la joven.

Oímos, por último, una musiquilla de salón, chillona y disparatada, cuyas notas rebotaban por las paredes.

—Quién sabe si no será lo mejor divertirse de cualquier manera, gozar y reír como unos colegiales—dijo alegremente la muchacha.

. . . Tarde ya, caminando por las calles desiertas, la pregunté:

—¿Qué piensas ahora de la vida?

—Me ha dado sueño—dijo; y bostezó.

La estrella descendente

El viejo novelista se puso a observar el efecto que producía su último libro.

Sus amigos exclamaban:

—¡Nunca escribiste nada mejor!

Los literatos de la prensa opinaban:

—Es una obra magistral, inimitable, sin parangón.

Bellas mujeres lloraban al leer, encantadas y enternecidas.

Y la otra gente—el gran público—devoraba el

libro, comentábalo en los salones y tomaba nota de las cosas que en él se decían.

Viendo aquéllo, el viejo novelista suspiró y se dijo para sí:

Ha comenzado mi decadencia. ¡Sea! El talento no es un don eterno.

La mujer maravillosa

Una mujer encantadora se presentó de improviso y me dijo al oído:

—Quiero ser tuya, pero sólo tuya. Haré lo que me digas. No me opondré a tus deseos. Respetaré tus convicciones y tus hábitos. No te celaré. Te seré fiel hasta la muerte. Toma desde ahora mi belleza, que durará muchos, muchos años.

—¡Ea!—dije.—O eres loca de remate, o yo estoy soñando de espaldas.

Una voz demasiado conocida me interrumpió:

—¡Señor: las ocho, el desayuno!

El hombre maravilloso

Un venerable caballero vino precipitadamente a mi encuentro, hizome un profundo saludo y me dijo:

—Excúseme usted. No le conozco, ni siquiera sé su nombre; pero, a pesar de todo, quiero ofrecerle la oportunidad de hacer un negocio brillante.

—¿Por qué razón?—hube de preguntarle.

—Pues, por ésta: me parece usted simpático, sencillo, discreto.

—¿Es esto suficiente?

—¿Por qué no ha de serlo? . . . ¿Por qué un hombre no ha de confiar en otro hombre? ¿Por qué no ha de creer en su bondad, en su honradez, en su discreción? ¿Y por qué no ha de poder manifestárselo, ofreciéndole, además, la posibilidad de beneficiarse? . . . ¡Me resulta usted simpatiquísimo, y yo quiero que obtenga una pingüe ganancia!

Pero no tuvo tiempo de seguir ni yo de hacerle callar, pues una pareja de funcionarios que llegaban a la carrera, le sujetaron y le redujeron.

—Es un enfermo, y se había salido de la clínica X. . . — me dijo uno de los funcionarios al marcharse.

¡Ah! . . . entonces no importa

Viendo que una mujer pedía auxilio desde el mar, unos bañistas partieron a socorrerla.

Nadaban con inaudito vigor, en la esperanza de salvar la vida a una joven linda, amable, soñadora.

Lucharon, se esforzaron hasta el heroísmo; pero . . .

La infortunada sucumbió antes de que llegasen a ella.

Los bañistas cayeron en el espanto y la desesperación: uno se mesaba los cabellos, otro alzaba los puños; éste juraba, el de más allá se rompía el saco.

De pronto, aquél que había llegado más cerca de la mujer, dijo:

—¡Estuve a tres brazadas de la infeliz! Le vi la cara. ¡Era tuerta!

Los otros se serenaron al instante.

Palabras de un millonario

En mitad de la fiesta, entre el rumor de la música y el vapor del vino, el millonario me habló así:

—Ignoro ya a cuánto ascienden mis millones... En una ocasión, viajando en aeroplano, éste se vino a tierra envuelto en llamas, y yo escapé con ayuda de Dios y del paracaídas. Desde entonces, estas personas íntimas a quienes festejo esta noche en mi palacio, suelen decirme que los accidentes aéreos son en realidad muy escasos, y agregan que un hombre como yo, dueño de tan vastos negocios, debiera servirse con más frecuencia del aeroplano.

Mis compatriotas

Un día enseñé a un grupo de caballeros un cuadrito que representaba un árbol solitario.

—Lo ha pintado un amigo, muchacho que es toda una promesa—les dije.

Los caballeros miraron fugazmente la tela y convinieron en que la obrita estaba bien, si se consideraba que era hecha por un novicio.

—¡Atención!—rectifiqué. —No hay tal muchacho. Vean, aquí, la firma del autor: ¡Corot, francés!

Los caballeros examinaron el árbol con gran detenimiento, y acabaron declarando que constituía un trabajo admirable.